

Sexo – Género – Subjetividad – Objeto del Deseo/Amor

Algunas precisiones, algunas distinciones

Estela Troya

Las discusiones sobre sexualidad son discusiones sobre la naturaleza de la sociedad; la forma como marcha el sexo es un indicador de cómo marcha la sociedad .

Jeffrey Weeks

La naturaleza no admite nada inútil. Todo lo que es no puede ser contra natura ni estar fuera de la naturaleza.

Diderot

Me he dado cuenta de que la mayor parte de las Ciencias Sociales actúan como si 1859, año de la publicación del *Origen de las Especies*, no hubiera existido; insisten en que la cultura humana es producto de nuestra libertad e inventiva.

Matt Ridley

Ocupando el lugar del *Instinct*, la palabra *Trieb* (pulsión) indica que la sexualidad del ser hablante no es la puesta en práctica automática de un saber ya dado y que no podría reducirse a la realización de un programa; esa palabra indica ya la idea, cara a Foucault, de una sexualidad como juego: la pulsión, con su objeto, su meta y su empuje es un montaje.

Jean Allouch

Vamos a ver:

1- Detroit, EUA, 1959. Cali¹ es la segunda hija, planeada y buscada, deseada como mujer, de una pareja de padres heterosexuales de alrededor de treinta años, de clase media, ambos hijos de inmigrantes griegos. Tiene un hermano varón 3 años mayor. Toda su infancia se ha sentido y ha sido vista como una niña particularmente linda, muy femenina, graciosa e inteligente, casi como el prototipo del ideal de belleza en rostro y cuerpo.

Sin embargo, al llegar a la pubertad comienzan a pasar “cosas raras”: no le crecen los senos, sus caderas siguen siendo estrechas, no aparece la ansiada menarca, en cambio aparecen demasiados vellos en las piernas, cierta pelusilla en el labio superior... Tanto ella como los padres y el viejo médico de la familia suponen que sólo es cuestión de tiempo, que no todas las personas tienen el mismo ritmo de crecimiento, que ya llegará el momento en que se transforme en la preciosa joven que duerme en ella.

Pasa el tiempo, tiene 14 años. La preocupación de los padres crece aunque tratan de no mostrarla demasiado. Se siente diferente de las otras chicas; se avergüenza de su cuerpo chato y velludo que esconde evitando ser vista desnuda en los vestuarios, rehuendo piscinas y balnearios y disfrazando su escasa popularidad con los chicos haciendo gala de un desinterés intelectual rotundo y cortante por “esas tonterías”.

Su angustia crece a medida que se hace amiga de una chica de su edad, muy linda, sofisticada, de extracción socioeconómica alta, a quien idealiza, envidia y admira. Ésta a su vez admira la independencia de Cali, su inteligencia y “conocimiento de la vida”. Durante un verano en la casa de campo de la amiga inician una relación intensamente erótica. Para ella es un profundo enamoramiento en tanto que para la amiga parece ser sólo una experiencia deseable y excitante en el plano de la amistad entre adolescentes.

¹ Personaje central de la novela de Jeffrey Eugenides, *Middlsex*, 2003, Anagrama.

Nunca hablan durante sus encuentros nocturnos ni hacen referencia a ellos durante el día.

Aparecen en escena el hermano de la amiga con un amigo. A propuesta de los muchachos, con gran aceptación por parte de la amiga y con renuencia por la de Cali, hacen un paseo durante el cual “encuentran” una cabañita en la que las dos parejitas tienen relaciones sexuales. Cali no sabe bien de qué se trata, está confundida pero no se siente violada ni abusada. Consiente con curiosidad y desapego, como quien es espectadora de algo que está ocurriendo, siente algo de dolor mezclado con anestesia “ahí abajo”, en nada parecido al éxtasis, la fusión y el abandono que experimenta con la amiga. No sangra; con el rabillo del ojo la ve disfrutar con su compañero y se sabe vista por ella. Terminadas las vacaciones Cali sigue profundamente enamorada. Lo que experimenta no corresponde con lo que “debería sentir” como chica. Su cuerpo inadecuado la confunde y también el hecho de que su amiga, que sin duda es una chica, no esté para nada preocupada por lo que ocurre entre ellas ni parece tener intenciones de renunciar a los chicos.

Resumiré muchísimo lo que sigue: Por indicación del médico de familia los padres la llevan a una clínica en Nueva York donde le diagnostican hermafroditismo por lo cual deciden operarla y hacerle un tratamiento hormonal para que su cuerpo (sexo) coincida con lo que ella dice ser, aunque ya no lo sienta tanto: una chica. Así coincidirá con lo que los padres piensan que es y siempre han deseado que sea: una chica. El médico, gran innovador para su época, decide que eso es lo mejor para Cali ya que así ha sido educada y amada toda su vida: como una chica. Cali ve su diagnóstico sin que sus padres ni el médico se enteren; llena de miedo, desesperación y vergüenza hace una maletita y huye.

Después de muchas peripecias, encuentros afortunados unos y desastrosos otros, pasando por intensos momentos de desestructuración Cali va comprendiendo y aceptando que en realidad es y siempre ha sido Cal, es

decir un hombre que tiene un pene pequeño y los testículos incluidos (que no han descendido desde el abdomen), a quien le gustan las mujeres. Tiene éxito con ellas, a quienes atrae por su físico, su ternura e inteligencia pero es tímido en cuestiones de amor debido a sus características anatómicas que considera limitantes, no aceptables para una mujer. No tiene dudas acerca de su sexo, su género ni sus inclinaciones amorosas. Es agregado cultural de la embajada de su país en Berlín. Conoce a una muchacha, ambos se gustan y se atraen, él no se anima a ir más allá para no frustrarse pero... finalmente se encuentran, él le dice la verdad, ella no se asusta..., ambos están encantados.

2. Juego de lágrimas (Crying game). Film de Neil Jordan, 1992.

Síntesis para quienes no la vieron:

Un miembro del IRA, está encargado de custodiar a Joe, soldado británico negro secuestrado por el grupo. Este ha dado plazo al gobierno inglés para intercambiarlo por algunos de sus compañeros presos. El plazo se cumple, el gobierno no acepta negociar y a él le toca matarlo. Durante el breve cautiverio y con la desaprobación de los otros miembros del grupo se ha acercado al prisionero, le quita de vez en cuando la capucha, le da de beber, cigarrillos, conversa con él, responde a algunas de sus preguntas, comprende su ansiedad y su deseo de vivir, de no morir una muerte absurda. El prisionero le habla de su novia y el amor que se tienen, le muestra una foto en la que se ve una muchacha encantadora, dulce y reservada, mulata; le indica dónde podrá encontrarla y le pide que si lo matan vaya a verla y la ayude.

El protagonista trata de cumplir su misión pero no lo logra: el prisionero le dice que sabe que no lo matará por la espalda, da media vuelta y comienza una carrera velocísima (es jugador de béisbol) en la cual saca ventaja a su perseguidor; al llegar a la carretera muere arrollado por un camión. Desesperado, el protagonista ve el accidente a la vez que escucha las detonaciones provocadas por el ataque de la policía al lugar en que se esconden sus compañeros. Huye a Londres...

Pasa poco tiempo hasta que decide cumplir con su promesa (y con su curiosidad), Se conocen. Ella es tal como la vio en la foto, está triste por la pérdida de Joe, lo extraña, añora su amor y su ternura. Se gustan y se atraen. Ella le pide que nunca le haga daño. En la casa de ella él ve fotos de Joe y de ambos sonriendo. Más tarde se besan y se acarician hasta que cuando ella se desnuda él ve que ella tiene pene. Desprevenido, desconcertado, aturdido, la aparta, vomita, la rechaza, ella le pide perdón y le trata de explicar que estaba segura de que Joe se lo habría dicho. Él se va.

Al poco tiempo vuelve a buscarla al bar donde se conocieron. Ella, a pesar de desearlo teme volver a ser rechazada; él, a pesar de desearla lucha contra su deseo aunque admite su ternura y su confusión, lamenta verdaderamente haberla humillado, se culpa internamente de no cumplir la promesa hecha a Joe y de ser corresponsable de su muerte.

La película es excelente y lo que sigue es fundamental pero no para el tema que nos ocupa. Basta decir que el vínculo se consolida a pesar de, y como consecuencia, de una serie de acontecimientos relacionados con el grupo terrorista y las maniobras que el protagonista hace para desvincularse de él sin poner a ella en peligro.

3- Esta historia, en una u otra versión, es conocida por muchos, terapeutas y no terapeutas.

Llega a consulta una mujer de entre 35 y 45 años, guapa, de aspecto cuidado, inteligente, casada, con dos o tres hijos chicos, puede ser de cualquier estrato social, poco o muy sofisticada, trabajar o no fuera de la casa, tener diversas organizaciones familiares de origen, pertenecer a culturas y subculturas diferentes. Su conflicto es que ha comenzado inesperadamente una relación con una mujer con quien siente, tanto en la sexualidad como en otras áreas de comunicación e interacción, lo que nunca ha sentido con su

marido ni en otras relaciones con hombres. Está desconcertada, asustada, maravillada, impactada, confusa.

La confusión no es respecto de su sexo ni de su género, tampoco acerca de lo que siente, de lo que experimenta, sino acerca de su "identidad sexual", su identidad: ¿Soy homosexual?, ¿bisexual?, ¿Qué locura es esto?. El miedo es: ¿Qué me está pasando?, ¿Qué voy a hacer?, ¿Qué va a pasar? Las dudas son: ¿Qué tengo que hacer?, ¿A qué tengo que renunciar?, ¿Quién va a entender que sigo siendo la misma yo pero que ahora amo y deseo a una mujer, a esta mujer?, ¿Quién me va a matar?, ¿Quién me puede ayudar?, ¿Qué va a pasar con mis hijos?, ¿Qué le digo, cómo le digo a mi marido, cómo le oculto a mi marido, a mis padres, amigos, trabajo, a mí misma.....?.

En cuanto a la maravilla descubierta, una consultante me la explicó así: "¿Sabes?... Hacer el amor con un hombre es como ir a la Cabaña del Tío Chueco en Six Flags. Hacer el amor con una mujer es estar en la montaña rusa de Chapultepec. ¿Entiendes?". ¡Sí, entiendo!

En mi experiencia los maridos de estas mujeres no son hombres violentos, que se destaquen por su posesividad o actitudes básicamente machistas.

Me parece muy importante señalar lo anterior ya que podría pensarse que el cambio en la elección de objeto, en la dirección del deseo, no en la identidad, obedece al dolor, la frustración o el hartazgo y la consiguiente búsqueda de otro tipo de vínculo, esta vez con una persona semejante, una mujer, que garantice una zona de diálogo, comprensión y ternura, estabilidad o previsibilidad.

Esta modalidad de elección también es frecuente pero corresponde a una auténtica opción (podríamos llamarla opción desde la bisexualidad potencial de todos los humanos), en el sentido de que se genera en un proceso consciente, generalmente largo, de diálogos internos y de búsquedas de soluciones alternativas al dolor y a la "soledad forzada" en que han vivido. De ahí que para estas mujeres el encuentro con Otra no adquiera aquella dimensión desestabilizante en extremo producto de la aparición impensada,

desconcertante, evenencial de una dimensión oculta de sí misma, que puede tomar algunas características parecidas a una situación traumática . Para ellas se tratará sin duda de una experiencia desconocida, nueva, que les planteará preguntas importantes del tipo de ¿Soy realmente homosexual?, o ¿Cómo le aseguro a mi compañera que no voy a volver a enamorarme de otro hombre o a querer regresar con mi marido? Es frecuente que no encuentren en ese momento respuestas certeras, convincentes para otros ni para sí mismas.

En otros casos la zona concreta de la sexualidad en la nueva relación no tiene las mismas dimensiones pasionales que con un hombre, pero aún siendo una diferencia importante el balance entre pérdidas y ganancias se inclina favorablemente hacia el cambio.

En estas ocasiones las dudas compartidas entre ambas acerca de la “autenticidad” de la homosexualidad de una de ellas, a veces de ambas, es una fuente silente o explosiva de inseguridad, desconfianza, malestar. Con frecuencia, aunque no en forma explícita, es el motivo central que lleva a la pareja a consulta, o a la separación.

4- Recibo por primera vez a una pareja de padres, ambos profesionistas, él psicólogo experimental, ella historiadora, de unos 40 años; él tiene cierto descuido en su atuendo informal, me parece algo lejano emocionalmente, renuente a mi mirada, no me desagradan sino que me despierta curiosidad y cierta ternura, como si hubiera que cuidarlo de algo, parece preferir que sea su esposa quien me explique porqué vienen. Ella es sobria y bien arreglada, agradable, poco coqueta, parece una persona eficaz, un poco contenida emocionalmente aunque trasmite que quiere, que está dispuesta a hacerse cargo de las cosas.

Consultan porque están preocupados por su hija única de 12 años quien tiene dificultades en la escuela, no académicas ya que es estudiosa y muy inteligente, sino relacionales. No tiene amigas y los chicos le hacen burlas por

su aspecto físico: tez morena, anteojos, braquets, delgadita, de pelo negro abundante y muy ondulado.

Últimamente se ha hecho amiga de una niña “muy complicada y antipática, con muchos problemas”, también hija única, de padres separados, quien vive con un hermano mayor y la madre, la cual “no se ocupa de ella porque trabaja mucho”. Se ha convertido en la única persona con quien la hija quiere estar, se encierran en la habitación con llave y no “se sabe qué están haciendo ahí a solas”. No quiere salir a pasear, ir a ninguna parte ni ver a gente de la familia. También últimamente dice con frecuencia que no quiere vivir “aquí”, y se enoja por todo, cosa que no hacía antes.

Mientras me explica esto la madre está visiblemente preocupada y tensa corporalmente aunque a la vez usa un tono como si quisiera poder quitarle peso al relato, o que parezca que no está muy angustiada. Paralelamente el padre se retira levemente de ella (ambos están sentados en el mismo sillón no muy lejos entre sí y enfrente de mí) y recuesta la cabeza contra la pared entrecerrando los ojos.

La madre interrumpe el relato para buscar en su bolso, me muestra una foto pequeña de su hija. Efectivamente veo una niña poco agraciada, en pleno tránsito evolutivo, de rostro indígena, con unos bellos ojos grandes que miran a la cámara desafiantes y huidizos, gran cabellera enrulada amarrada como medio a la fuerza, como si el peinado intentara controlar una intensidad o una exhuberancia inapropiadas. La boca y la mandíbula parecen expresar enojo y tensión. No se parece a ninguno de los padres.

Pido al padre que miremos la foto los tres juntos y les cuento lo que vi en ella; agregó que pienso que la siento fuerte, demandando algo que siente no tener, que no la veo no fea sino diferente, y que seguramente será una muchacha muy hermosa.

La madre se conmueve, el padre me mira con asombro. La madre me dice que es adoptada, que siempre supieron que tenían que decírselo pero que no encontraron el momento adecuado hasta que la niña tuvo 9 años.

La conversación se mueve con más fluidez por el tema de las razones que llevaron a la adopción. Ambas familias acogieron bien a la niña, son muy prudentes respecto de la diferencia física y nunca mencionan que es adoptada, ni siquiera después de que se lo comunicaran a la niña. La madre es quien ha estado más cerca de ella y se ha ocupado de todo “ya que tiene más tiempo” y tiene claro desde siempre que el deseo de un hijo era fundamentalmente suyo, no tanto de su marido. Con el padre hacen algunas salidas los tres juntos y a veces a solas con la hija: padre e hija van a museos o a cosas de botánica que les interesan a ambos, también juegan al ajedrez; hablamos de algunos temas respecto de la vida cotidiana y de los avatares de la infancia de la niña.

Hacia el final de la sesión les pregunto qué es lo que sienten y piensan acerca de que la hija repita que “no quiere vivir aquí”. Ambos padres acuerdan en que eso es común en esa etapa en las chicas, que no piensan que “ella quiera matarse”, que “lo dice por decir”, que lo que más les preocupa es que sea homosexual; claro que si lo fuera lo aceptarían y tratarían de ayudarla, pero que fundamentalmente eso es lo que quieren saber, y también necesitan saber qué hacer con la mala influencia de la “otra chica”.

Propongo que dejemos para otro espacio la discusión de las dos viñetas clínica, así como las consideraciones que como terapeutas podríamos hacer respecto de los personajes de la novela y la película, para mirar los cuatro ejemplos desde un punto de vista teórico en cuanto a los temas que los enlazan y que también son el título de este trabajo: sexo-género-subjetividad²-objeto de amor/deseo.

² El lazo social es un plano de consistencia en los procesos de producción de subjetividad; de ahí que la identificación temprana y la “pertenencia” temprana a vínculos con objetos primarios sean también bases fundantes de lazos colectivos que trascienden a aquellos.

Comencemos con un poquito de historia.

Hasta 1974 la APA (American Psychiatric Association) consideraba que la homosexualidad era una entidad nosológica que pertenecía al campo de la psiquiatría clínica. Por otra parte, en los años sesenta y en particular en Estados Unidos surgieron y se consolidaron movimientos de homosexuales que, asociados a otros contra el racismo y el sexismo, denunciaron la opresión y la exclusión de que eran objeto a la vez que reivindicaban sus derechos.

Estos grupos tuvieron una influencia fundamental en la decisión de eliminar la homosexualidad del campo de las enfermedades mentales: el DSM-III, (Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales, 3ª edición) de 1980 sólo se refería a la homosexualidad egodistónica, o sea la de aquellas personas que no están satisfechas con su situación, como una enfermedad o un trastorno. Finalmente la edición revisada de 1987 (DSM-III-R) eliminó toda referencia a la homosexualidad.

Sin embargo las ambigüedades y la oscura sombra de la psicosis o de otras patologías persistieron en cuanto al *transexualismo*, que entró en 1980 en la categoría de “trastornos psicosexuales” y fue descrito con los siguientes criterios diagnósticos:

a. Sensación de incomodidad e inadaptación en cuanto a su sexo anatómico. Modificación de 1987: Identificación intensa y persistente con el otro sexo (no concerniendo exclusivamente al deseo de obtener los beneficios culturales adscriptos al otro sexo).

b. Deseo de ser desembarazado de sus órganos genitales y vivir como sujeto del otro sexo. Modificación de 1987: Sensación persistente de incomodidad en relación con su sexo o sensación de inadecuación en relación a la identidad de rol correspondiente.

c. La perturbación ha durado de una manera continua durante al menos dos años (sin estar limitada por períodos de estrés).

d) Ausencia de ambigüedad sexual orgánica o de anomalía genética.

e) No debido a otro trastorno mental, como la esquizofrenia. Agregado de 1987: La afección está en el origen de un sufrimiento clínicamente significativo y de una alteración del funcionamiento social, profesional o en otros campos importantes. Tanto estas descripciones diagnósticas como los reacomodos posteriores parecen indicar que está más o menos claro que la homosexualidad no es patología. También indican que hay muy poca claridad y consenso respecto de la transexualidad y de cuál es su diferencia respecto de la homosexualidad. Si bien no es tarea del DSM decir qué es lo que no es patología, podemos suponer que el criterio es que homosexual es una persona que desea y/o ama a personas de su mismo sexo. Luego volveremos sobre esta descripción que es insuficiente y puede llevar a equivocaciones importantes. Veinte años más tarde hemos avanzado mucho, sin duda. Se hacen campañas contra la discriminación respecto de las “preferencias”³ sexuales, se insta al cumplimiento de las leyes y de las declaraciones y compromisos de Derechos Humanos asumidos internacionalmente. Muchos países han legalizado los matrimonios homosexuales mientras que en otros aún se lucha por lograr Sociedades de Convivencia y por la despenalización del aborto. A la vez, como lúcidamente lo anunció J. Weeks en 1986, la no tan “nueva’ derecha” adopta con renovados bríos máscaras “científicas”, “posmodernas” y/o religiosas para mistificar, e inocular su concepción del mundo, la vida, la libertad, la equidad y las relaciones entre los sexos.

En el campo de la salud mental y de la academia casi no se escuchan voces que enjuicien abiertamente a personas que se apartan de la norma (que sigue siendo norma pese a quienes nos pesa) de la heterosexualidad. Incluso en el psicoanálisis lacaniano han surgido posturas críticas importantes como las de Jean Allouch, quien dice: “Ahora bien, el transexualismo [...] ofrece al psicoanalista una irrefutable prueba de su extravío en la psicopatología. [...]. Todo está ahí de lo mejor y en el mejor de los

3 Las comillas aluden a la mistificación que creo implica el uso de los verbos preferir o elegir para referirse a las personas que no son heterosexuales. La vivencia de género no tiene que ver con lo que elijo o lo que me gustaría ser sino con lo que experimento ser y/o desear.

mundos clasificatorios. Y los transexuales se alojarán, con algunos matices, en el caso de los psicóticos [...]. Sin embargo, aparece una objeción: el cambio de sexo, tal como lo problematizan los trans., no tiene nada que ver con los emplazamientos de la libido. Por consecuencia se admitirá que el transexualismo no podrá ser en ninguna ocasión una categoría psicopatológica". (J. Allouch:2005).

La necesidad de conocer, de explicarse el mundo, es característica de nuestra especie y la curiosidad es inherente a muchas otras, de modo que lo que no funciona no es el deseo de saber porqué las personas somos diferentes (en este caso en relación a la sexualidad), o preguntarnos cómo, dónde y cuándo se generan las diferencias. Lo que es más probable es que las premisas de las que partimos para intentar responder a estas preguntas estén viciadas, o amarradas a visiones que siguen con dificultades para admitir que *lo que caracteriza a la sexualidad humana es su plasticidad. Que esta plasticidad está inscrita en nuestra especie, troquelada por la cultura, _mistificada por las ideologías, vivida y construida por cada subjetividad en lo relacional.*

Desde este punto de vista nos están quedando chicas las categorías tradicionales: heterosexual, homosexual, transexual. En este tema la noción de categoría, con mayúsculas, alude a distinciones unívocas, a divisiones clarísimas, y aún más, insinúa la idea de que todo lo que está dentro de cada categoría es totalmente igual, homogéneo, lo cual no se puede aplicar para describir las innumerables variaciones en que hombres y mujeres experimentamos y actuamos nuestras formas de ser sexuados, de modelar lo que cada cultura identifica como femenino y masculino De ahí que el concepto de categoría no sea el más adecuado para acercarse a las diferentes expresiones y modalidades de la sexualidad humana.

Otro obstáculo con el que tropezamos constantemente es el de tomar como la norma, como exponente de lo natural y lo que debe ser, a "la mayoría", por el hecho de que es mayor el número de personas que tienen comportamientos heterosexuales. Al hacer esto ignoramos las conclusiones y los hallazgos de otras disciplinas que nos informan de lo que ocurre y ha ocurrido en otros momentos históricos y en otros espacios culturales así como muchos datos aportados por la biología y la genética. También

confundimos los imperativos biológicos de la reproducción sexual (coito vaginal entre dos personas de diferentes sexos, ambos con capacidad reproductiva) con *toda* la sexualidad humana, *todas las sexualidades*.

Por cierto, a la vez no todo es confusión. Tenemos algunas cosas claras:

- Los problemas de la diferencia sexual, el poder, la justicia, el sujeto, etc, pueden analizarse productivamente desde diferentes perspectivas y disciplinas pero ninguna, desde su propio territorio, puede proporcionar respuestas adecuadas. Hace falta un pensamiento complejo, transdisciplinar para acercarnos a ellos de un modo que genere conocimiento.

- Para reproducirse las especies sexuadas precisan de individuos con *sexos distintos, no opuestos ni contrarios sino afines*: machos y hembras; en la nuestra: hombres y mujeres. Recalco el adjetivo *afines* ya que me parece que generalmente pasa desapercibido, lo distinto se confunde con lo opuesto y a veces con un contrincante sexual.

- La noción inicial compartida es que *sexo* se refiere a la biología. "La fisiología y la morfología del cuerpo proporcionan las condiciones previas para la sexualidad humana. La biología condiciona y limita lo que es posible. Pero no es la causa de las formas de la vida sexual." (J. Weeks, 1998:29).

- También existe consenso acerca de que el *género* se relaciona con los significados que cada sociedad atribuye a la diferencia sexual. Al apartarse y diferenciarse del biologicismo dimórfico del sexo se convierte en un instrumento conceptual imprescindible para pensarla. No se refiere a una unidad sino que implica un sistema por lo menos dual: masculino/femenino, (que corresponde a una lógica excluyente que no da cuenta de las posiciones que no se ubican en ninguno de los polos), y también plural: masculinidades-feminidades, que opera en el campo de lo simbólico, de la generación y atribución de significados.⁴

- A la vez género es un concepto que pertenece al dominio de la *subjetividad*. Money señala que..."los órganos para la identificación y diferenciación del género son en

⁴ No expondremos aquí las modificaciones que ha tenido el concepto de género desde su incorporación a las ciencias sociales, los malentendidos y confusiones a que esto ha dado lugar ni sus utilizaciones ideológicas.

primer lugar los ojos, los oídos, la piel y, probablemente en menor grado el gusto y el tacto” (citado por M. Burin, E. Dío Bleichmar:118). Con ello se refiere a que es por medio de estos sentidos como nos vamos reconociendo...“similares a aquellos del mismo género– nena, mamá, hermana, abuela - e incorporamos como *natural* las formas y comportamientos (normas) que dicen lo que es propio de niñas y mujeres, así como los nombres y pronombres, las formas lingüísticas para denominarnos y reconocernos en las palabras que nos designan. Simultáneamente a este reconocimiento, nos diferenciamos del distinto género –papá, hermano, abuelo- [...] Una lengua materna puede caer en desuso pero no puede ser erradicada ni desaprendida de manera que no exista por mayor cantidad de lenguas que se le superpongan. Del mismo modo ocurre con el proceso del troquelado de la identidad de género” (*ibid.*:119).

- Como vemos, “género” no es un concepto unívoco sino que se han ido generando diferentes usos del mismo que pueden llegar a veces a obscurecer su comprensión. Aquí lo estoy usando en el sentido de *las atribuciones de significado social a las diferencias sexuales y también en el de componente importante de la organización de la subjetividad y de la identidad y, por lo tanto, activo participante de lo relacional y lo intersubjetivo.*

- La atribución o asignación de género se relaciona con la primera acepción y se refiere a los comportamientos, características y elecciones que la familia y la sociedad esperan que las personas tengan de acuerdo a su sexo. El niño/a recibe “el dimorfismo de género” (el que no se hereda desde los genes sino desde la cultura), con que es percibido, etiquetado, por sus adultos significativos. Este es un concepto similar al de *rol* en términos sociológicos, es el “papel” apropiado a desempeñar en función del sexo. Cada persona de cada cultura imprime un sello particular, propio, a la manera en que ejerce o no, este rol.

Emilce Dío postuló en 1985 que la identidad de género se subdivide en:

a) El núcleo de género.

Se refiere al sentimiento de “soy niña” o “soy niño”; es una autopercepción de la identidad genérica, un núcleo de conciencia que es

inalterable. Debe diferenciarse de la *creencia* ya que ésta se genera posteriormente, cuando el niño/a ya comprende cómo es que quienes lo rodean esperan que se manifieste o exprese su feminidad/masculinidad. Por lo tanto, el conocimiento y reconocimiento de “soy niña” es previo y diferente de la creencia “soy femenina, poco femenina, no soy femenina”. Así, las nociones y vivencias de género se van inscribiendo en la subjetividad de la feminidad /masculinidad precozmente, son procesos que comienzan desde el nacimiento (eventualmente antes), previos al desarrollo del lenguaje y de los procesos de simbolización. Es decir, antes de los 2 años.

b) La identidad propiamente dicha

Si bien la construcción de esta identidad se inicia con el nacimiento, en el curso del desarrollo se complejiza. En trabajos posteriores la autora no retoma el concepto de núcleo de género pero continúa enfatizando la afirmación compartida con otros investigadores de que esa temprana certeza, la vivencia de género, se mantiene a lo largo de los procesos evolutivos posteriores: “...*el yo es desde su origen una representación del sí mismo genérico, es decir, el género es uno de los atributos constitutivos del yo desde su origen*” (Dío. E. 1996:114).

- Cabe agregar que, siguiendo a P. Ricoueur, la identidad no es un puro *idem*, una mera repetición de lo idéntico; no es una dimensión estática y atemporal sino que contiene a la vez un *ipse*, un sí-mismo que se re-figura, con-figura en un constante proceso de deconstrucción y reconstrucción reflexiva. En este proceso intervienen también las relaciones con los otros a lo largo de la vida, las vivencias y experiencias generadas en la interacción, en los vínculos a los que pertenecemos –no sólo con personas, también con ideas, instituciones, con la música, con libros, con paisajes-, y en la intersubjetividad. Seguimos siendo los mismos y a la vez vamos siendo diferentes. Hay un *continuum* de permanencia y transformación simultáneo

- En el punto específico de la identidad de género, estos procesos se activan y complejizan en los diferentes momentos claves del desarrollo tanto

intraprésiquico, psicológico y de maduración como biológico. Esto últimos en particular en la infancia, la pubertad y la adolescencia, épocas en las que como sabemos se replantean, cuestionan, reconfiguran y consolidan las vivencias de género así como el, o los destinos, del deseo, es decir a quiénes amaremos, quiénes despertarán nuestros deseos.

- Durante estos primeros dos años de vida las diferencias anatómicas de los sexos, aunque percibidas, conocidas por el niño/a, no son decisivas en la organización de la vivencia de género. "La diferencia anatómica de los órganos sexuales propios y de los adultos sólo se conciben en sus funciones excretorias" (Díó Bleichmar, 1996: 107). A esta edad todavía no se conceptualizan ni se simbolizan los intercambios sexuales de hombres y de mujeres, los otros usos o prácticas de las que participan los órganos sexuales.

Para esto/as niño/as sus padres en particular, así como las otras personas adultas importantes, son mujeres y/o hombres de quienes fundamentalmente devienen cuidados, confirmación, alimento, sostén, maltrato o frustración, con quienes se tienen todo tipo de experiencias como padres o cuidadores pero respecto de lo cuales no se percibe ni se concibe aún la índole de la relación que mantienen entre sí, la primacía de la relación sexo-erótica de la que provienen, de la que son producto.⁵

La niña/o interactúa con ambos padres y los reconoce como mujer u hombre, con sus diferentes características, igual o diferente de sí misma/o, se identifica con aspectos de ambos, pero no ha instalado aún la comprensión de que *las diferencias anatómicas de los padres se relacionan con otra diferencia esencial*: el vínculo que ellos tienen entre sí, que no es como el que él tiene con cada uno de ellos. Ese es un vínculo del cual no participa, no tiene cabida, no lo incluye.

- Esta conceptualización y simbolización, fundamental y fundante, a la que accede como resultado de procesos de maduración crecimiento

-

⁵ Fase preedípica desde la concepción psicoanalítica.

complejiza, reorganiza, detona reacomodos en el vínculo con cada uno de los padres, genera una auténtica tríada vincular . De ahí en más el niño/a se relacionará con cada uno de los padres pero también con el vínculo que percibe y reconoce que los padres mantienen entre sí.

- Este vínculo especial es, reitero, un constructo ideativo-afectivo diferente y único, cuya aprehensión se embuclará, para el niño/a como un co-constructor de su *self*: (Cómo siento que soy, quién soy para Ellos, desde la mirada de Ellos); y también tendrá vida como modelador deseado, temido, amenazante, privilegiado o deleznable en la organización de sus futuras elecciones de objeto.

- Es claro que las características, cualesquiera que sean, del vínculo madre-padre, generado antes de que la niña/o haya sido engendrado, siempre han participado del clima y del mundo emocional del hijo/a; lo que estamos recalcando es que este vínculo no tiene todavía un significado real ni simbólico en relación a la sexualidad.

- Hasta la aparición de este “descubrimiento”, que marca el pasaje a otro momento evolutivo⁶, el niño/a buscará activamente ser amado, preferido por ambos padres en particular, pero también por todas las personas significativas de su entorno. Se identificará con diferentes facetas o aspectos de ellos pero sin que se haya efectuado aún una elección de objeto sexual. Las personas y los seres amados no tendrán aún la calidad excitante de lo erótico. El erotismo adulto puede comenzar como, y/o contener un acercamiento de apego, en cualquiera de sus modalidades, pero es cualitativa, experiencialmente distinto de éste.

- Hasta aquí este desarrollo teórico en cuanto a la organización del núcleo de género como masculinidad/feminidad es claro, comprensible y consistente. Sin embargo es incompleto ya que no parece tener una explicación acerca de las personas homosexuales ni, en particular, de aquellas cuya vivencia de género

⁶ Fase edípica desde la concepción psicoanalítica.

no se corresponde con su sexo, es decir personas bisexuales, transgénero y transexuales. Quiero puntualizar que la palabra vivencia no se refiere a lo que *imaginan ser*, o *querrían ser*, sino a lo que *verdaderamente sienten, experimentan ser*. Esa teoría tampoco explica las variaciones respecto del objeto de deseo.

Dicha conceptualización se ocupa de la heterosexualidad, de la norma y por lo tanto deja al resto de la sexualidad humana en la obscuridad o en el campo de la patología, lo perverso, lo incompleto. Sin embargo, tanto la experiencia cotidiana como la prehistoria, la historia, la antropología y la investigación social demuestran que respecto de la sexualidad “la norma es la variedad y no la uniformidad”⁷.

Considero que esa variedad comparte el campo de la normalidad. La calidad ética, intelectual, estética, de empatía, salud/enfermedad de las personas no dependen de su sexo-género ni de la orientación de su deseo.⁸ Las patologías, conflictos, conductas transgresoras, etc, de las personas no heterosexuales no se deben a esa característica, así como la rectitud, capacidad de amor, de reflexión o reconocimiento, etc. de un heterosexual no son consecuencias de que lo sea. Lo contrario también es cierto.

En suma: saber que alguien (siente que) pertenece al género masculino o femenino informa acerca de un aspecto importante de sí pero no necesariamente informa acerca de su sexo, ni tampoco acerca de su/s, objeto/s de deseo. No dice si esa persona es hétero, homo, bisexual, transgénero, transexual, etc.,

Una vez asumida esta postura, que se inscribe en el concepto de la sexualidad como construcción social, no podemos dejar de preguntarnos: ¿Cuáles son los procesos que interactúan para que emerjan esas diferencias, para que la heterosexualidad, a pesar del enorme peso de las restricciones, sanciones y castigos religiosos, legales, “científicos”, no sea, ni haya sido

⁷ Ken Plummer (1981), *The Making of the Modern Homosexual*, Hutchinson, Londres.

⁸ Aclaro que no me refiero a ninguna de las formas de abuso o maltrato relacionados con la sexualidad: incesto, pederastia, violación, tortura.

nunca, la única práctica sexual, la única forma de sentirse y expresarse como sujeto sexuado en el mundo?, ¿Cómo se generan y organizan esas diferencias entre sujetos que comparten la pertenencia a la especie y a la cultura?

Hemos de admitir que no son muchas las respuestas de que disponemos para semejantes preguntas pero también que ello no es motivo para desecharlas o desanimarse.

La primera consideración que surge es que, como lo han señalado diferentes autores, ponemos habitualmente más énfasis en las diferencias que en las similitudes, más acento en aquello que nos aleja que en lo que nos acerca al otro, y que las diferencias se invisten de significados de valor desde lugares hegemónicos .

“La sexualidad, –dice J. Weeks (*op.cit.*1998:19) - en mi opinión, es una ‘unidad ficticia’, que alguna vez no existió y que en algún momento en el futuro tal vez de nuevo no exista....Es una construcción histórica que reúne una multitud de diferentes posibilidades biológicas y mentales que no necesariamente deben estar vinculadas, y que en otras culturas no lo han estado...Pero las capacidades del cuerpo y de la psique adquieren significado sólo en las relaciones sociales”.

Comparto con otros autores esta opinión y, visto que en el remoto caso de que ese futuro llegue no tendré oportunidad de participar de él, procuremos seguir buscando caminos explicativos.

La mayor parte de los autores contemporáneos que se dedican al género y a la sexualidad cuando se refieren al sexo-género y la orientación sexual de las personas coinciden en poner en primer plano las determinaciones socioculturales e ideológicas, así como las experiencias tempranas de la vida del sujeto. ¿Dónde queda entonces la biología? o, mejor dicho ¿Cómo se articula lo determinado por la biología con el temprano troquelado de la organización del *self* de la que hablamos? ¿Cómo con las características únicas de la experiencia vivida de cada sujeto?

Por de pronto digamos que pertenecen a tres dominios que no guardan entre sí una relación de simetría. En términos de Edgar Morin, Especie, Individuo, y Sociedad configuran una trinidad en la que cada uno de los términos pertenece a “diferentes niveles de realidad”, los tres legítimos, necesarios, reales, distintos, que se articulan, se implican y en parte se contienen mutuamente de diversas maneras.

Desde la perspectiva específica del sujeto humano estas articulaciones pueden incluso seguir cursos aparente, o relativamente, independientes. Me inclino a pensar que las determinaciones marcadas por la historia del sujeto y las sucesivas elaboraciones de que éstas son objeto (nivel Individuo), las codeterminadas por la Cultura, así como las emergencias y retroacciones que se generan entre ambos niveles de realidad tienen la capacidad de modelar, inhibir, exacerbar, disimular, e innumerables etcéteras, muchas de las características de la Especie. Recordemos que todas las adaptaciones biológicas productos de los procesos evolutivos son susceptibles de patología y/o de cambio tanto en individuos como en poblaciones. Esta capacidad, esta plasticidad adaptativa a las reentracciones del sujeto y a los bucles de la cultura también es una de las singularidades de nuestra especie.

Sin embargo, de la misma manera en que algunos atributos, malformaciones congénitas o adquiridas, carencias o capacidades físicas particulares, son coartífices de la identidad y del modo de estar en el mundo de los sujetos, pienso que algunas de las diferencias anatomo-fisiológico-endocrinas entre los sexos, en particular las que participan activamente en la reproducción, y entre ellas, singularmente las propias del sexo femenino, imprimen un sello propio a la imagen corporal, a las disposiciones a la acción (actitudes), las sensaciones interoceptivas y propioceptivas y a la calidad e intensidad de algunas emociones, necesidades y deseos.

Es posible que muchas de las confluencias, coincidencias que se entrelazan para detonar la emergencia de una determinada vivencia de género y una cierta orientación del deseo en cada sujeto nos sigan siendo desconocidas.

Esto obedecerá en gran medida al hecho de que, como ya apuntamos, la mayor parte de las experiencias en las que éstas se generan ocurren en un momento muy temprano de la vida, previo al lenguaje, a la adquisición plena de la conceptualización y de la simbolización. De ahí su carácter inefable, su imposibilidad o dificultad de ser acuñadas como recuerdos que puedan volcarse en palabras o incluso describirse como imágenes o climas emocionales. Descubrir el origen de una sensación interoceptiva, atribuirla a una emoción, por ejemplo, el miedo provocado por algo o alguien, y/o discriminarla respecto de la acumulación de gases en el estómago, es difícil para la mayoría de los adultos, mucho más para un niño pequeño.

Jessica Benjamín, desde el psicoanálisis y el feminismo, ha producido pensamientos, conclusiones y preguntas fértiles para abordar algunos de estos avatares tempranos de la vida del sujeto.

Esta autora comienza cuestionando el uso del término “identidad” en la teoría de la diferenciación de los géneros ya que equipara la diferencia con el límite entre identidades cuyo resultado es un discurso de opuestos simplificante. Al respecto dice que: “La noción de una Diferencia singular como línea divisoria sugiere que a uno y otro lado de ese límite hay identidades. Según esa lógica, la identidad es destino, lo igual tiene que identificarse sólo con lo igual y reconocer la diferencia significa respetar el límite entre lo que uno es y lo que uno no puede ser”. (1997: 83).

De ahí deviene también la noción de continuum, o de fluctuación de “identidad” e “identidades”, de identidad como organización, no como estructura, de trama de emergencias, no de esencias.

Después de marcar esta consideración señala que si bien hay que descartar la noción de identidad como “cosa”, como algo que está hecho de una sola pieza, casi como metáfora, no hay que confundirla con el concepto de identificación como proceso psíquico interno. Concibe la “bisexualidad original” no tanto o, mejor dicho, no sólo como un principio constitucional, biológico

sino, muy particularmente, como una posición del niño preedípico en la que se identifica con ambos progenitores.

En esta fase los niños son “sobreinclusivos”, o sea que creen que pueden tenerlo todo; en la medida en que todavía no saben del carácter excluyente de la diferencia anatómica quieren tener lo que tiene el otro sexo *además del propio, no en vez de*. En esta fase los progenitores están comenzando a ser parcial y concretamente diferenciados, de modo que coexisten identificaciones múltiples. El sentido nuclear de pertenencia a uno u otro género del que hablamos más arriba no organiza la totalidad de la experiencia genérica; más bien tiene sentido, propone la autora, “si la conceptualizamos como un antecedente de la tensión y la ambigüedad genéricas futuras”. (1997: 85).

Es importante recordar que estos procesos ocurren en un momento evolutivo en el que es relevante el contexto conflictual propio de los avatares de la separación-individuación, en el que si bien los progenitores comienzan a diferenciarse en la mente del niño/a, este/a continúa elaborando ambas identificaciones como distintos aspectos del sí-mismo.

J. Benjamin propone que en este punto de la separación temprana, antes y al mismo tiempo que el amor objetal, aparece lo que se podría llamar *amor identificatorio*

Es habitual que se considere a la madre como fuente de lo bueno, del sostén y el cuidado y, como tal, precursora del objeto de amor externo; el padre (también desde el punto de vista cultural- tradicional) es considerado como representante del mundo externo, la exploración y la libertad.

Esta posición del padre es muy diferente de la posición del padre edípico. Recordemos que la relación con ambos progenitores aún no es triangular, no es una tríada, sino que el niño establece relaciones diádicas con cada uno de ellos pero aún no conceptualiza la relación que ambos mantienen entre sí. No concibe que haya cosas que sean mutuamente excluyentes, *no necesita escoger entre la madre y el padre ni entre ninguna otra cosa*. De igual modo, el amor preedípico a la madre no puede considerarse heterosexual (en el niño) ni

homosexual (en la niña) ya que, en sentido estricto no es amor objetal. Es más bien un amor identificatorio y complementario que se funda en lugares asimétricos entrelazados, y a veces invertibles, de dar y recibir. Asimismo, el padre de este momento del desarrollo no rivaliza ni prohíbe el amor a la madre ya que no representa a La persona que ama a la Madre, ni a quien Ella ama en exclusividad.

De este modo subraya que el niño/a no sólo recibe sino que también da, elige o deshecha. Destaca su condición activa desde el inicio, sujeto de necesidades y dependencias pero también de preferencias y deseos propios, no mero recipiente de las conductas, deseos, emociones y proyecciones de los Otros significativos.

Aquí la autora subraya la importancia de un segundo adulto, no necesariamente varón o padre, con el que el niño/a pueda constituir una segunda díada. Lo importante de esta persona es que provee un segundo eje que apunta hacia fuera. "La identificación con un segundo otro como 'sujeto igual' le permite al niño representarse imaginariamente el deseo suscitado por el mundo externo [...] su legado a la vida erótica adulta es el amor identificatorio" (Ibid: 87).

Así, la identificación de la niña con la 'masculinidad' no se debe necesariamente a una expresión de rechazo a la feminidad, o a la madre, ni a una reacción a la vivencia de castración, sino sencillamente al amor y/o admiración por el padre. Esta identificación con 'la diferencia' será importante en su constituirse como sujeto deseante, y en sus caminos hacia la autonomía. Por ejemplo, en la adolescencia es frecuente que las jóvenes desarrollen este tipo de amor identificatorio (esta vez homoerótico) por alguna mujer que representa su ideal.

Para el niño, el amor identificatorio a la figura del padre respalda la separación de la madre, es un consuelo y a la vez confirma el logro de la masculinidad. El padre no sólo es un rival o un sancionador sino que en el amor (homoerótico) a

él también se condensa un amor con y por el mundo externo (del cual en nuestras culturas el padre es símbolo y representante).

Esta complementariedad reemplaza el discurso de la identidad por el de las identificaciones plurales, “se basa en la capacidad psíquica para tender un puente simbólico sobre las oposiciones escindidas, y también se funda en la sobreinclusividad preedípica” (Benjamín, J.:105).

En cuanto a la ‘diferencia’, esta autora coincide con el pensamiento feminista cuando opina que la asignación de la igualdad y la diferencia es inicialmente la misma para ambos sexos. En esta asignación tradicional el padre ha significado el objeto externo que representa ‘la diferencia’.

Esta representación de la ‘Diferencia’ ha sido tan importante, está tan enraizada en la cultura que por lo general sigue siendo eficaz como ideal, incluso cuando una persona no definida como padre ocupa la posición estructural del ‘segundo otro’. “Por cierto es tan constitutiva de la ‘masculinidad’ que otorga a este segundo otro una cualidad *paterna* (es de notar que la autora no usa en este caso el adjetivo *masculino* sino *paterno*, aunque se trate de una mujer.”)(Ibid, 1997: 92).

Hasta cerca del cuarto año tanto niñas como niños perseverarán en su deseo de ser y tener todo, aún cuando ya aparece una comprensión creciente, pero no precisa, de la diferencia entre los sexos y géneros.

Lo que se ha llamado castración significa, para ambos sexos, la pérdida de la ilusión de poseer también las aptitudes que corresponden a los genitales del otro sexo: para los varones la capacidad para dar a luz y alimentar a un bebé, y para las niñas, condensado en el pene, la capacidad de satisfacer a la madre y de participar de la ‘Diferencia’ de la que hablamos en el párrafo anterior. Para ambos, y para el resto de la vida, significa la pérdida de la creencia en la omnipotencia, la inclusión del límite, de lo que no es o no se puede, no necesariamente de lo prohibido, es una respuesta a las exigencias de la realidad.

Lo contrario de la omnipotencia no es la impotencia. Lo opuesto *de ambas* es la aceptación y valoración de los límites y condiciones que impone la realidad: especie-individuo-cultura. Por cierto, cada uno de nosotros aceptamos, rechazamos, aprovechamos, pretendemos olvidar, sublimamos, toleramos, entendemos, sufrimos, disfrutamos de diferentes formas este encuentro inevitable.

A la vez: ¿Qué tanto, a qué *todo*, por cuánto tiempo, renunciamos cuando renunciamos? y, ¿Las realidades duras (las “menos construidas”) de ayer son las mismas de hoy?

A finales del cuarto año y principios del quinto se consolida con mayor nitidez la diferenciación genérica a partir de un cambio en la comprensión y articulación de las diferencias, de los opuestos complementarios. Estos dejan de estar cómodamente incluidos en el niño/a, la coexistencia no es ya tan cómoda; entonces pasan a ser adjudicados a sí- misma/o, uno, y al otro/a, el otro.

Posteriormente, alrededor de los 8 años, se perfilará(n) con más nitidez las características del/los objetos de deseo-amor, de las personas que despertarán, suscitarán la excitación y el afecto.

Ahora se nos plantean algunas preguntas fundamentales que se implican entre sí:

-1) ¿Este momento del proceso, que culmina con la división-separación-diferenciación entre los opuestos complementarios, es tan rotundo y claro como lo sugiere esa postulación?

-2) ¿Su resultado es igual para la homosexualidad, para la heterosexualidad, para el transgénero, etc.?

-3) Si no es así ¿Cómo explicamos las `diferencias` en el resultado?

-4) ¿La elección de objeto, mejor dicho, el objeto del deseo es para el sujeto sólo lo contrario de la identificación?

Las preguntas 1, 2 y 4 tienen una respuesta rápida: No.

Antes de continuar es muy importante reiterar que las palabras homo/hetro/bi sexualidad, como adjetivos, no deben atribuirse especialmente a personas, a sujetos, sino a relaciones, a vínculos, ya que, en este ámbito, los atributos pertinentes a las personas son su sexo-género.

. De modo que hétero/homo o bi sexual se refieren más bien a la cualidad de la relación que se establece entre un sujeto y otro de acuerdo al sexo-género del objeto (del otro sujeto) de amor/deseo. De ahí que califiquemos a los vínculos como homoeróticos o heteroeróticos, homosexuales o heterosexuales con base en las similitudes o diferencias de género de quienes participan en esa relación.

Tampoco son diferencias clasificatorias, taxonómicas

A partir de aquí procuraré precisar mejor la respuesta a la pregunta 4 y, a la vez esbozar algunas para la pregunta 3.

Esta pregunta podría substituirse o, mejor dicho, ser precedida por la siguiente: ¿Qué objeto es el objeto de la elección? La respuesta, entonces, no es sencilla ni binaria.

El mismo Freud, al diferenciar el objeto sexual (la persona que ejerce la atracción) de la pulsión que empuja a la acción dice del objeto que “es el elemento más variable en la pulsión, no está originariamente ligado a ella sino que *se adapta a ella en función de su aptitud para permitir la satisfacción*”

Es necesario ver que un objeto de amor puede ser percibido como igual o como diferente, (o de ambas maneras) constituyendo así una elección homo o heteroerótica, pero que ello no está determinado sólo por su sexo; esto es equivalente a aceptar, aunque suene difícil o “contradictorio”, que no todo amor al otro sexo es heterosexual.

De lo que hemos expuesto se desprende que las identificaciones, lo que la niña/o ha ido incorporando como propio, como parte constitutiva de sí, es diverso no homogéneo. Las identificaciones son múltiples, no unívocas o, en palabras de Benjamín, “identificaciones cruzadas”; asimismo, pueden predominar o apagarse, en diferentes circunstancias de la vida. Esto es así no

sólo porque sus padres y los otros sujetos significativos *son* sexo-género diferentes, sujetos complejos, sino porque el mundo, todo *el mundo de la niña/o*, (y de todo el mundo) está poblado por personas diferentes, por sujetos diferenciados, peculiares y percibidos poco a poco como tales. Además porque el mundo no está habitado sólo por sujetos y por palabras, también lo pueblan animales diversamente sexuados, plantas y objetos “animados”, imágenes y sonidos, olores, representaciones, ideas, recuerdos y sueños, vivencias y experiencias.

Acabo amando lo que me constituye y/o a quienes me constituyen, aunque me causen dolor o me constituyan en dolorosa persona; dolorosamente y/o gozosamente acabo asociando la constitución con el amor. (¿Qué relación hay entre constitución e identificación?) .

Partamos de considerar que para el sujeto existen objetos (otros sujetos) cualitativamente diferentes:

a- Unos, que podrían ser considerados “objetos vicarios” ya que esos otros son fundamentalmente representaciones interiores, construcciones subjetivas del ideal en que querríamos convertirnos con el cual nos identificamos. Es una primera relación con otro externo, más externo por así decirlo, que aquel que proporciona los cuidados tempranos, pero básicamente una relación intrapsíquica con un ideal y *al mismo tiempo* es también un incipiente vínculo amoroso real con otro. Para Benjamín esto se expresaría como: “Quiero ser un sujeto igual a ella/él”.

El objeto es, a la vez:

- Un puente, un conector entre diferencias tales como yo/otro, hombre/mujer, adulto-niño, seres vivos/cosas, objetos inanimados, y

- Un obstáculo que se opone al reconocimiento del otro ya que toma al otro como objeto de la fantasía, no como un centro equivalente de *ser*.

b- Otros, que son otros externos, verdaderos centros separados y equivalentes de subjetividad. Objetos de vinculación sí, pero independientes, relativamente autónomos respecto del sujeto y de los que el sujeto es, a la vez,

relativamente autónomo. El reconocimiento de la autonomía del objeto es la condición de autonomía del sujeto.

Concuerdo con Benjamín cuando afirma que amar a otro/a como a “un objeto de amor ideal” impide el reconocimiento intersubjetivo. Es decir, elimina la tensión necesaria entre lo intrapsíquico y lo intersubjetivo, y lo hace arrojando más luz al escenario intrapsíquico a expensas del intersubjetivo.

Asimismo, hay:

- Amor de apego, en términos de John Bowlby, de cuidados, de protección, anaclítico, cualquiera que hayan sido sus modalidades.

- Amor a alguien que representa un aspecto o parte de nosotros mismos, a lo que fuimos, nos gustaría ser, o sabemos que no podemos ser, amor narcisista, identificatorio.

- Amor erótico, más adulto, excitante, al Objeto externo. Es diferente al de apego, parecido y a la vez distinto del identificatorio aunque los contiene a ambos.

Cada objeto de amor es capaz de corporizar no una sino muchas alternativas de igualdad y de diferencia; a la vez, toda relación amorosa realiza una multitud de funciones. De ahí que en cada relación el eje de la semejanza y la complementariedad esté concertado de modo que difiere en parte del eje del género.

Como vemos, las fuentes en las que se gestan y de las que devienen los Otros, los objetos de amor, así como las características, combinaciones y alternativas del amor que con ellos se establece y se genera, son múltiples, complejas, cambiantes, y a ello hay que agregar las especificidades de cada Otro, de modo que sería insensato esperar que de esos encuentros surgieran emergencias únicas, regulares, normadas.

Hasta aquí las distinciones que he intentado señalar son principalmente teóricas. A partir de ellas es necesario concluir que, por ejemplo, una persona de sexo-género masculino, no sólo no es igual a otra de características similares sino que, en su modo de *experimentar*, percibirse y percibir su mundo

también es distinta de otra que ,sea sexo masculino- género femenino. Y, suponiendo que el objeto de amor de ambas fuera un sujeto sexo-género masculino, es imaginable suponer que algunas de las expectativas, deseos y necesidades de dar, y recibir amor serán también distintas. Lo mismo ocurriría en el caso de que para ambas, el objeto de amor y de deseo fuera una persona de sexo-género masculino, o de sexo femenino-género masculino. Por supuesto, el tipo de vínculo en estas cuatro alternativas diferentes sería también diferente.

Para aclarar las cosas, **en tanto no se lo tome como un esquema rígido, clasificador de las realidades y de las personas**, podríamos ilustrarlo de la siguiente manera:



NORMA: 0

sexo femenino-género femenino-----**vínculo hétero**----sexo masculino-género masculino

FUERA DE LA NORMA

1) sexo masculino-género masculino-----**vínculo homo**---sexo masculino-género masculino



1) sexo femenino-género femenino-----**vínculo homo**---sexo femenino-género femenino



2) sexo masculino-género femenino-----**vínculo hétero**---sexo masculino-género masculino



3) sexo femenino-género masculino-----**vínculo hétero**---sexo masculino-género

femenino



4) sexo masculino-género masculino----**vínculo homo**--sexo femenino-género masculino



Si no se toman en cuenta las diferencias que existen entre los sujetos 1 y 2 se podría suponer que ambos vínculos son iguales, es decir que ambas personas son homosexuales masculinos y que cada uno de ellos tiene un vínculo amoroso, erótico con otra persona que también es homosexual masculina. Sin embargo, no es así porque el sujeto 2 no es homosexual sino transgénero, es decir un hombre cuyo sexo es masculino pero cuya vivencia (identidad) de género es femenina. Sabe que es un hombre, no reniega de su cuerpo y, no obstante, siente, ama y desea a otro hombre como podría hacerlo una mujer (no como si fuera una mujer) sexo género femenino. De ahí que, aunque “visto de afuera” el vínculo pueda parecer homosexual: dos varones, la cualidad real del mismo es heterosexual: género femenino hacia, con, género masculino.

Algo similar ocurre en los ejemplos 3 y 4, con la diferencia de que, en ambos casos, transgénero serían las personas elegidas o vividas como objetos de amor. Para la mayor parte de los observadores el ejemplo 3 posiblemente sería considerado una relación “heterosexual normal”: un hombre y una mujer, pero su cualidad vincular no es esa sino homosexual, dado que el género de ambos es masculino. Por el contrario, el ejemplo 4 sería visto como una

relación homosexual: dos hombres, cuando la realidad vivencial del mismo es heterosexual.

También es muy posible ¡y deseable! que ni a las cuatro personas que protagonizan los vínculos 3 y 4, ni a nadie más interese saber cuál es el nombre “científico” de sus formas específicas de sentir y vivir su deseo y su amor, sino que lo que importe sea la calidad del “nosotros” que han generado.

También hay personas transexuales, para quienes las discrepancias entre su sexo y su género, la vivencia de un cuerpo que no sirve para expresar y vivir lo que se **es**, que aprisiona y confunde, son fuentes constantes de dolor, frustración y conflicto por lo cual buscan el tratamiento hormonal, psicológico y quirúrgico que modifique el cuerpo para adecuarlo al *self*.

También hay personas travestidas que gustan, eligen o necesitan vestirse, peinarse, comportarse llamativamente de forma que se las vea como pertenecientes al género diferente al sexo con el que nacieron. Pueden ser heterosexuales y travestirse, o no, de forma permanente, u homosexuales, en cuyo caso es más frecuente que lo hagan de tiempo completo, y también pueden ser transgénero.

También hay personas bisexuales, cuyos objetos de deseo pueden ser hombres y/o mujeres, para quienes lo importante no es tanto el sexo-género de quienes les enamoran o atraen sino lo que cada una de ellas, su peculiaridad, les despiertan, lo que sienten con y por ellas.

También hay personas heterosexuales, casadas y con hijos, que tienen con frecuencia prácticas homosexuales con personas diferentes.

También hay personas intersexuales, hasta hace poco llamadas hermafroditas, (alrededor del 1.7% de la población, cifra un poco más alta que la de la proporción de albinos), es decir gente cuyo aparato reproductor no es de hombre ni de mujer sino que posee algunas características de ambos. Desde el punto de vista “científico” el nacimiento de una de estas personas es considerado una “emergencia médica que hay que corregir lo más pronto posible”. La “corrección” consiste en realizar las maniobras quirúrgicas y

hormonales necesarias para que el infante pueda adscribirse claramente a uno de los dos sexos oficiales. Aun cuando en ese temprano momento de su vida no es posible predecir cuál ni cómo será la evolución de su aparato reproductor después de la adolescencia, el criterio es que son los padres y los médicos fundamentalmente quienes tienen el derecho y la obligación de decidir sobre el cuerpo y la vida del infante. Piensan que, de ahí en más, lo que influirá en la organización de su género serán sólo la anatomía y la forma en que sean criados y educados (como niña o como niño) por sus padres y familiares, no consideran que al sujeto mismo corresponda tomar alguna decisión. Por cierto, hay una película excelente sobre este tema: "XXY", de Lucía Puenzo, 2007.

Otro es el caso, por ejemplo, de aquellos quienes, voluntaria o forzosamente ingresan por períodos largos en instituciones "homosexuales" tales como conventos, cárceles, cuarteles y tienen en ellas prácticas sexuales, (forzadas, voluntarias, dolorosas o amorosas), diferentes de las que tenían antes del ingreso, lo cual reorganiza sus vivencias y percepciones del sí mismo y de sus opciones.

Y también hay muchas otras personas que, en y con su sexualidad sienten, hacen y viven cosas diferentes en diferentes momentos y circunstancias de sus vidas, sencillamente porque así lo desean o lo deciden.

Nada mejor que concluir, con J. Weeks: "Incluso el azar trae su influencia caprichosa. En respuesta a todas estas influencias, entre muchas otras, construimos nuestra subjetividad, nuestro sentido de quiénes somos, cómo llegamos a donde estamos, dónde queremos ir; nuestras identidades como hombres y mujeres, heterosexuales, homosexuales o lo que sea, son productos de procesos complejos de definición y autodefinition en un ordenamiento complejo de relaciones sociales." (Weeks, J.:61).

Bibliografía

Allouch, Jean (2005), "Avergonzado", en: *Imago Agenda*, núm. 93. Letra Viva. Argentina.

Allouch, Jean (2001), *El sexo del amo*. Ediciones literales. Argentina

Benjamín, Jessica (1997), *Sujetos Iguales, Objetos de amor*. Paidós, México.

Burston, Daniel, 1996, *The wing of madness. The life and work of R. D. Laing*, Harvard University Press

Bowlby, John (1989), *Una base segura. Aplicaciones clínicas de la teoría del apego*. Paidós. Argentina.

Burin, Mabel, E. Dío Bleichmar (1996), *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*. Paidós. México

Dío Bleichmar, Emilce (1985), *El feminismo espontáneo de la histeria*. ADOTRAF, España

Hergot, Stéphanie (2004), *Deslizamientos progresivos del DSM*, en: *Imago*, Núm 18, Letra Viva, Argentina.

Lamas, Marta (2006), *Feminismo, transmisiones y retransmisiones*, Taurus, México.

Laing, R., Philippon, H., y Lee, A. R. (1969), *Percepción Interpersonal*, Amorrortu, Argentina

Morin, Edgar (1991), *El Método. La Naturaleza de la naturaleza*. Tomo I. Cátedra, Madrid, España.

De Familias y Terapias

34

Instituto Chileno de Terapia Familiar..Año 16. Nª 26. Dic. 2008. .:27-44

Morin, Edgar (2004), *El Método, La Humanidad de la Humanidad*, Tomo VI.

Cátedra. Madrid. España.

Plummer, Kent (1981) *The Making of the Modern Homosexual*, Hutchinson.

Londres.

Ricoeur, P. (1975), *Hermenéutica y estructuralismo*. Megápolis, Buenos

Aires.

Weeks, Jeffrey (1998), *Sexualidad*, Paidós- UNAM-PUEG, México

Weeks, Jeffrey (2000), *Making Sexual History*. Blackwell, Inglaterra.